



MR. X
EL LIBRO DEL TIEMPO

Israel Reyes

MR. X
EL LIBRO DEL TIEMPO



Primera edición: noviembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Israel Reyes

ISBN: 978-84-18544-54-5

ISBN digital: 978-84-18544-55-2

Depósito legal: M-28735-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi hija Lara, mi mayor estímulo.

A Yaiza, la otra cara de la luna.

*A mi padre Mateo , mi último amigo,
y a mi madre Magdalena, que soñó con verme volar.*

Tal día como hoy, ahora, cuando en este otro día cualquiera de tu vida quieres escuchar otra historia y, por tal motivo, abres estas páginas, ansioso o ansiosa de entrar en el mundo que aquí se muestra. Quizá mientras te acomodas en el sillón, esté lloviendo, o tal vez brille el sol, o sea de noche, o en la tormenta tal vez, lo cierto es que has encontrado el momento, tu momento, para entrar otra vez en un universo nuevo que formará parte de ti. Un mundo donde los misterios más grandes llevan a los lugares más fascinantes, donde el protagonista, al fin y al cabo, eres tú.

*

Hace un tiempo que puede ser ahora mismo, ya que todo ahora es pasado.

*

Un político sale de una fiesta en el centro de la ciudad. Mientras baja los escalones de la entrada a la casa, se despide del anfitrión de la fiesta y termina de enfundarse sus guantes de piel, protegiéndose

del invernol frío. Dimas se retira temprano, ya no le interesan las convenciones sociales, pues el cansancio y la muerte de su esposa y su hija el año anterior han provocado el vacío más oscuro. Allí se celebra una gran fiesta con mucho lujo y personajes de lo más selecto. Pero él se va antes de las campanadas de Nochevieja. Tiene la mirada de alguien en paz consigo mismo y con el mundo.

Le dice a su chófer que se vaya, irá andando. Camina lentamente, sintiendo la realidad de las calles, eso que se pierde cuando uno está en otra esfera, cuando se pertenece a la élite, esa fantasía social que escapa a toda lógica y que etiquetamos como el sentido de la realidad cotidiana. Se percibe el ambiente navideño, siempre triste para él. Todos están en familia en sus casas y las calles están desiertas.

«¿Todo el mundo está en casa?», se pregunta «¿Dónde está mi casa?».

Mientras, la visión de una bicicleta de niño en un garaje, accidentalmente abierto, le trae el sonido de su bicicleta de la infancia, ya casi olvidada, aquella con la que siguió una tarde de verano hasta su casa a la vecina que también alimentó sus sueños. Una época maravillosa en las montañas, en la casa de piedra de sus abuelos. El aire frío lo devuelve al presente, haciendo que cierre su chaquetón, resguardándose de la nostalgia.

«Cuanto mayor me hago, más frío tengo».

Detrás de él, en la lejanía de las calles, los sonidos de las fiestas se confunden con los ecos de su pasado. Lentamente, poco a poco, comienzan a oírse tras él unos pasos que se acercan casi imperceptibles; los sonidos de las campanadas, las botellas de champán siendo descorchadas, brindis, petardos y voladores que festejan la llegada del año nuevo, todo un griterío que oculta los pasos que suenan tras él, como el constante sonido de un reloj que jamás se detiene. Los pasos, primero lejanos y poco a poco más cercanos. En la biblioteca de una gran casa, un reloj de pared comienza a funcionar, pero no hay nadie en esa casa, todos se han ido; ya llegó el nuevo año. A cada pausa de Dimas, los pasos se detienen tam-

bién. «No puede ser», se dice nervioso. Ha llegado el momento. Mira el reloj. Y piensa que lo recuerda, recuerda ese momento que transcurre ahora. Acelera el paso y comienzan a sudarle las manos. Poco a poco, la certeza de que es a él a quien siguen cada vez está más clara, y una reacción por momentos extraña, como si supiera de antemano que todo esto iba a ocurrir. Pero es incapaz de enfrentarse a su perseguidor; se detiene, lucha consigo mismo para retroceder unos pasos y plantar cara a quien le sigue, pero termina venciendo el miedo a lo desconocido. Intenta desesperadamente llamar por teléfono a su chófer; no funciona. Yá lo sabía, no puede creer que haya llegado el momento, pero así es. Cruza en dirección a un parque, en un último intento de evitar lo que parece inevitable. Piensa que en la oscuridad del parque quizá estará a salvo, pero se da cuenta de lo inútil que es. Corre, exhausto y empapado de sudor, y justo cuando cree que está a salvo, vuelve a oír los pasos tras él. Cae fulminado a los pies del extraño personaje, mientras esboza una extraña sonrisa y dice casi para sí:

—La primavera se ha adelantado.

*

Una anciana en un hospital, la han desconectado de la máquina que llenaba de aire sus delicados pulmones. Ya no hay esperanza, su vida se va con cada espiración. Su hija, a su lado, suspira y coge su mano, seca como una semilla de melocotón que una vez fue un hermoso fruto. Los últimos instantes de una vida son muy pequeños, como lo son también los demás: cuando entras por primera vez en clase en tu primer día de escuela, cuando sales por primera vez con esa persona que te gusta tanto, cuando es tu primer día de trabajo. Desde la más tierna infancia, todo el trabajo de amor que se realiza con el bebé (el que tiene la fortuna de ser amado) forma su persona, su cuerpo, y da alientos a su vida para siempre. Aprendemos paso a paso que su educación, sus perretas infantiles, crisis de identidad adolescente, sus sueños y anhelos, sus primeros amores, los que se

olvidan y los que no, el no conseguir lo que se propone, su dolor, sufrimiento y alegrías forman parte tanto de los padres como de los hijos. Toda esa vida, todos esos momentos quedan resueltos en un instante, un momento en el espacio tiempo en el que cerramos los ojos y es para siempre. Sin fanfarrias, sin tambores, ni orquestas, ni un subir de la música como en las películas. El silencio llega y te vas con él. Y quizá luego se abre una puerta.

—Hola —dice la madre mirando a la nada.

«Te esperaba...», piensa, mirando una figura con un sombrero negro que aparece ante ella.

—He esperado tanto este momento, sabía que todo sería así, de la mejor manera posible, he vivido tantas vidas...

La hija, con los ojos llenos de lágrimas no entiende nada, ni por qué su madre habla con el vacío. La anciana esboza una sonrisa y muere. La hija intenta que la madre reaccione, pero ya se ha ido.

—¡Míriam! ¡Mamá!

*

Una prostituta, de unos treinta años aproximadamente, piel pálida y cabello negro, complexión delgada, sin demasiadas curvas ni demasiados huesos, pero con una mirada feroz que le otorgan sus almendrados ojos negros, hay en ella una calidad felina y un aspecto a respetar. La mañana siguiente ha llegado y mientras su cliente está aún dormido en la cama, ella termina de vestirse poniéndose las medias, lenta y sensualmente, como el viejo ritual de una mantis religiosa sin prisas. El trabajo está hecho. Otra noche más, otra equis más en la cansada pared del preso, una pared golpeada, magullada, erosionada de tanto querer salir. Pero paso a paso, lentamente, ha llegado a su objetivo. La libertad. Ha decidido cambiar su vida. Ese era el último cliente. Pero todo tiene un precio. Suena su móvil, se aleja corriendo al baño para no despertar al cliente. Descuelga y oye la voz de una niña al otro lado.

—Míriam... —voz al teléfono.

—¿Quién es? —pregunta ella inquieta.

—¿Dónde está mi muñeco? —pregunta la voz.

A Míriam se le cae el teléfono y las lágrimas resbalan por su cara, la figura estoica de guerrera se deshace como las cenizas en la brisa. Ella sabe quién era, y precisamente es así: quién era, porque esa niña hace ya largo tiempo que no está, se perdió como los veranos de nuestra infancia a los que alguna vez hemos intentado volver, pero que ya es imposible. Su rostro asoma ahora al espejo, está pálida. Sus ojos sin vida están al instante ya maquillados, preparada la máscara, oculto el dolor y puede salir de nuevo a escena.

*

En los camerinos de un estudio de televisión, las luces parecen fallar, como si algo fuese mal, como un presagio de algo. Ultiman el maquillaje a un político en plena campaña electoral. Reconocemos al político, Dimas mucho más joven. Su rostro tiene aún facciones suaves y conserva hasta cierto punto un aspecto juvenil. Su voz es suave y melódica, de alguien al que resulta agradable escuchar, siendo esta su mejor herramienta de trabajo, aunque lo que diga no sea importante. Lo llaman al móvil. Vela llamada y hace un gesto al maquillador para que lo deje solo, este sale.

—Recuerda que aún tienes una deuda conmigo —dice una voz susurrante.

—Creo que eso está más que zanjado —espeta Dimas.

—Lo importante no es lo que tú crees, sino lo que es, y las pruebas que tengo contra ti no te permitirán retirarte sin cumplir tu promesa. No me puedes dejar tirado.

En ese momento el regidor abre la puerta avisando:

—Preparados para entrar en tres minutos —dice.

—Bueno, ahora no puedo hablar... —dice tajante.

—Por tu bien espero que seas sensato —amenaza la voz—. Sé también que harás lo correcto, como dice tu eslogan —termina el personaje amenazante.

*

En casa de Míriam la luz de la mañana entra por las persianas entreabiertas, solo un poco de luz, como una metáfora de las tinieblas que dominan su existencia. A través de las viejas fotografías de la estantería, a modo de altar, una familia: su padre policía recibiendo una medalla, un hombre alto y moreno de cabellos largos y despeinados con expresión seria; en otra, su madre, mujer de ojos llenos de vida, cabellos castaños y sonrisa radiante como el sol de verano; están en la playa, los primeros baños de la bebé en el mar, con cuatro meses. Sus abuelos con sus padres, felices y orgullosos. Su primer día de cole, y llorando a la salida de ese primer día. Con su padre cogiéndola en brazos, y también los abuelos, todos contentos con la bebé siendo el centro de atención. Al lado, fotos nuevas, pero en estas fotos ella está sola, la típica foto-retrato de adolescente algo triste. En el instituto, con sus abuelos ya muy mayores, como si algo los hubiera envejecido de golpe. Ni rastro ya de los padres en las fotografías. A lo lejos, como rememorando un pasado remoto, la melodía de una flauta entona una canción. Míriam, en la cama aún, sin energía, contesta al teléfono.

—¿Diga? —contesta—. ¿Qué? ¿Cuándo?

Sus ojos aún medio cerrados se abren de golpe, la expresión de su rostro dice que la noticia que recibe es terrible.

*

Un estruendo de aplausos rompe el espacio a través de una negrura y confusión. De pronto, una luz cegadora y sombras por doquier, mucha gente, focos, miradas atentas, hablando expectantes. Estamos en un plató de televisión, un enorme espacio vacío, donde las personas, aparatos y luces concentradas en un rincón se disponen a representar la más baja de las comedias, una entrevista para una campaña electoral. Una especie de bocina llama al silencio de los agitados espectadores, el circo va a comenzar y un histriónico presentador anuncia:

—¡Señoras y señores, con todos nosotros, el hombre que «hará lo correcto»! ¡Dimas Reyes!

Entra Dimas con una sonrisa de falsa humildad.

—¿Qué tal? ¿Cómo va la campaña? —dice el presentador.

—Bien, no nos podemos quejar, parece que vamos ganando la aceptación del electorado —señalando al público, que comienza a aplaudir y a vitorear.

—Bueno, aquí el público está bien pagado —dice el presentador haciendo la broma, que Dimas encaja bastante bien, a pesar de la risa de algún espectador—. Bromas aparte, hablemos de su campaña y de lo que designan ustedes los tres pilares básicos de su programa.

—Bueno, Ricardo, como bien dices, hay tres pilares básicos en nuestra campaña. Compromiso, honestidad y sinceridad. Compromiso con los contribuyentes a hacer todo cuanto podamos para cumplir las expectativas de los ciudadanos, pues son ellos al elegirnos quienes realmente gobiernan. Y eso lo garantizamos con nuestra promesa de honestidad, sin la cual es imposible llevar a cabo el primer punto.

—¿Y el último punto? ¿La sinceridad?

—Ese punto, ahí garantizamos que cada caso de corrupción será sacado a la luz, incluso los casos que pueda haber en nuestro propio partido. Y yo prometo que esto se hará, se hará lo correcto.

Al decir esto se lleva la mano al pecho de un modo muy teatral. El público irrumpe en un estrépito de aplausos después de una larga pausa.

Una voz de entre el público destaca cuando cesan los aplausos.

—¿Y ese caso de corrupción en el que se le relaciona a usted mismo con un conocido mafioso metido en negocios de los más bajos?!

*

El tictac de un reloj de pared en el pequeño apartamento donde viven los abuelos de Míriam, un viejo reloj como el tiempo, como

lo son también los muebles, renovados en una época en la que había fuerzas para pensar en esas cosas, pero ahora, ¿qué importa ya todo eso? Como siempre, en la vida de los ancianos, el pasado es mayor que el futuro. Mientras, el tictac marca el ritmo, como un metrónomo, de todo lo que ocurre. Varios policías buscan pruebas en una sala dominada por la luz de una terraza al fondo de la estancia. Entra un policía con gabardina, que parece dirigir a los demás. Se trata de un hombre de más de cincuenta años, pelo castaño con algunas canas, frente amplia, manos nudosas y movimientos lentos y pesados. Observador y meticulouso, su mera presencia domina la escena. Sin prisas, va entendiendo los detalles. Es alguien con la sabiduría del mucho hacer, del mucho pensar y de muchos años a sus espaldas. A continuación, entra Míriam, habla con el agente de la gabardina y se echa a llorar. Poco a poco los sonidos de fondo han ido entrando; las sirenas de la ambulancia, los pasos de los policías en escena. Ahora, en la cocina, la luz de la luna ilumina con su brillo azulado los rostros mientras Míriam se toma una infusión y habla con el policía. Gutiérrez, que es el apellido del policía, trata el asunto con mucho tacto, explicando las particulares, aunque sería preferible decir, extrañas circunstancias en las que se ha producido la muerte de la abuela.

Míriam lo ha percibido todo como a cámara lenta, como en una película con un desenlace fatal, un sueño que no puede, no quiere aceptar.

—¿Y no saben quién era ese hombre? —pregunta Míriam—. ¿Cómo entró?

Gutiérrez gira lentamente su taza de té eligiendo con mucho cuidado sus palabras.

—Eso es todo lo que sabemos. Tu abuelo está ahora descansando, el médico le ha dado un tranquilizante. Pero cabe la posibilidad... tu abuelo ya es muy mayor y... no hemos hallado prueba alguna de lo que él nos cuenta.

En ese momento Míriam se levanta para dejar la taza en el fregadero y la indignación se apodera de ella.

—¡No creo que mi abuelo esté desvariando! Si él dice que había un hombre, tienen que averiguar quién era ese hombre!

—Bueno, vamos por partes. Ningún vecino oyó ni vio nada fuera de lo común. Solo tu abuelo dice que había un hombre y que lo conocía, pero no dice quién era ese hombre. Que ese hombre le dijo que no se preocupara, que ella estaría bien. A continuación, tu abuela se levantó, comenzó a bailar con el hombre del sombrero y murió en sus brazos.

Después de una larga mirada de incredulidad y con una tranquilidad aparente Míriam dice:

—Mi abuela llevaba cuatro años en silla de ruedas, ¡no podía andar! ¿¡Cómo me puedes decir eso!?

—Eso es todo lo que sabemos, Míriam. No hay pistas que señalen que fue un homicidio, no tendríamos que estar aquí. El médico que la examinó indicó muerte natural, sufrió un colapso cardíaco. Estamos aquí por mi amistad con tus padres, yo era buen amigo de tu padre...

—¿De mi padre?

—Bueno, seguramente tú no lo recuerdas, pero éramos muy buenos amigos, y con todo lo que pasó siempre he sentido que les debía... en fin... —dice mientras se levanta para irse y saca una tarjeta—. Si me necesitas aquí tienes mi teléfono.

*

Y Míriam se queda absorta en sus pensamientos... Una sensación enorme de haber hecho las cosas mal. ¡Tantas mentiras utilizó para cubrir su vida, adornar la verdad ante los abuelos! El chantaje de su protector, responsable de la muerte de sus padres. Tal vez su padre fuera el culpable del fracaso de su vida. Su padre, un policía que investigó cosas que no debían ser investigadas, queriendo cambiar las cosas, pero lo único que cambió fue su vida, la de su madre y la de Míriam, ligándola para siempre a una deuda con los bajos fondos. Encadenó su vida para siempre a la de ese ser sinies-

tro para el que trabaja a cambio de proteger la vida de los abuelos. Todo eso por el ansia de justicia de su padre. Pero ahora podía soñar nuevamente con la libertad, y aunque el pensamiento en sí le resultaba tan mezquino, no podía dejar de saborearlo; la muerte de la abuela hacía que sus cadenas empezaran a resquebrajarse. Ya no podría amenazarla con la vida de sus abuelos si ellos morían, pero no quería ni pensarlo.

Un cartel enorme de campaña electoral en un páramo perdido, en una noche fría y clara de una zona de la ciudad donde sobreviven, a duras penas, los más pobres; chabolas aquí y allá adornan lo que hace mucho tiempo fue una próspera comunidad de pequeños tenderos, ya olvidada. Alguien que ya no cree en las mentiras e hipocresías de la política lanza algo al cartel manchando el rostro sonriente de aspecto estudiado del cartel. Quien acaba de tirar la botella de cerveza es Dimas.

Sucio, sin afeitar, aspecto taciturno, con la ropa arrugada como él también, alguien completamente opuesto al triunfador que estaba en el plató de televisión, un hombre que ya no es nadie, un rostro vacío, sin esperanzas, en un cuerpo inanimado, un perdedor. ¿Qué ocurrió en mi vida para llegar a este punto? Se acerca tambaleándose de alcohol a una hoguera en la que hay varios vagabundos.

En su silencio etílico, Dimas observa y escucha a los vagabundos que se arremolinan junto al fuego como insectos en busca de la luz. Lleva el mismo traje que en el plató de televisión, pero nadie lo reconoce. El sonido del viento en los árboles llena el lugar, aunque no hay ni un solo árbol allí. Solo el río cercano y gélido sirve de frontera a la gran ciudad iluminada, como un trofeo inalcanzable e inconquistable para todos. La mente de Dimas está en otro lugar, en otro tiempo, y camina lentamente por el pasado, intentando llegar a un lugar que casi nadie sabe que busca. La autocompasión es su refugio en ese momento.

—Creo que no voy a volver a votar a ese tío —dice uno de ellos, comiendo un trozo de pan duro y mirando el cartel manchado de Dimas.

—Yo tampoco —dice otro borracho—. Prometió sacarnos de la calle, je, je, je.

—¡Pero si aquí nadie vota! —dice un tercero.

—Tú no crees en nada.

—Yo lo he visto todo, este mundo no tiene secretos para mí —dice otro quitándose el sombrero de ala ancha.

—Prometió sacarnos de la calle, eliminar la pobreza. Hace frío... Oye, yo te conozco —le dice este a Dimas.

—Yo no —contesta Dimas con la mirada turbia fija en las llamas.

—Yo tampoco. Yo tampoco me conozco, por eso estoy aquí. Empecé mi camino de autoconocimiento personal hace mucho tiempo —mira la botella que tiene en la mano derecha— y aún no sé quién me mira del otro lado del cristal. Lo dejé todo —le dice a Dimas—. Tenía un buen trabajo, tenía una familia maravillosa y no sé por qué lo hice.

—Yo también —responde Dimas.

—¿Para qué? —continúa el hombre—. Ahora estoy solo.

—¡Todos lo estamos!

En medio de las disertaciones, Dimas, aún con la mirada en el fuego de la hoguera, sigue abstraído en su mundo. ¿Cómo empezó mi vida a irse a la deriva? ¿Cuándo perdí el rumbo? Odio a mi mujer, odio mi vida de mentiras y falsedades que he ido aceptando día tras día, sin dar importancia, hasta llegar al colapso en el que estoy. ¿Pero por qué odio lo que yo elegí? ¿Cómo puede la gente vivir así? ¿Cómo se puede soportar mirar hacia otro lado siempre sin sufrir las consecuencias? Y en el fondo de su ser comprendió que no se puede, y que de eso es realmente de lo que muere la gente. Como las ilusiones de un sueño agitado que culminan con el despertar, tal vez así sea nuestra vida.

—¡Cállate! Tú con tus podredumbres y sermones de siempre. ¡Me aburres! ¿No te das cuenta de que este es ese? —dice, y señala al cartel de Dimas.

Los cuatro se miran en silencio y miran a Dimas.

Dimas repentinamente queda alucinando con lo que está viendo; el sonido del viento deja de silbar y se descubre a sí mismo, mucho

más joven, vestido impecablemente con un traje azul, aspecto de estudiante recién graduado; se acerca en silencio y se sienta frente a él. Su yo joven no dice nada, solo observa con la mirada fija, sin parpadeo, como un reproche constante, escrutando cuanto le rodea, pero sobre todo a Dimas. Tan inquietante porque no dice nada, solo observa. Los desvaríos de los vagabundos, que, como el zumbido de un enjambre de moscas, enturbian su percepción tanto como el alcohol, ¿se trata de una pesadilla provocada por la embriaguez? Una ira intensa e incontenible, se apodera de él, hasta que explota.

—¿Qué quieres de mí?! —dice Dimas a su doble.

Los vagabundos quedan petrificados ante el ataque de ira. Creen que habla con ellos, pues no ven al personaje que se acaba de incorporar.

—Pues no estaría de más cumplir con sus promesas alguna vez —salta uno enseguida.

—¡Sí! Prometió sacarnos de la calle... —dice otro.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué? —Dimas se da cuenta en ese momento de que los vagabundos le observan. No ven a su yo que está frente a él.

—¡¡Que por qué puñetas no cumplen nunca lo que dicen!! —grita otro.

—Lo siento. No tengo palabras en este momento —dice asustado casi para sí—. No tengo palabras, no tengo, no tengo palabras.

Mientras repite esto, busca nervioso el teléfono en su chaqueta. Lo encuentra y marca el número, en el teléfono se lee el nombre: Germán Manquino.

—No tengo palabras —le dice al teléfono, balbuceante.

—¿Palabras de qué? —contesta Germán.

—Mis palabras son: no voy a ceder, se terminó, ya no me vendo... —y mira asustado a su yo joven.

—¡Ah! Eres tú... —dice reconociendo la voz de Dimas—. ¡Bonito espectáculo armaste en televisión! Dime una cosa, ¿formaba ese número, parte de la campaña? Desde luego, habéis captado la atención de todo el mundo.

—He dicho que se terminó. Voy a destapar todos tus chanchullos, voy a hundirte...

—Estás borracho. Solo estoy hablando con un borracho chiflado. Y si yo caigo, tú caerás conmigo. Todos sabrán quién eres en realidad, tu familia descubrirá el monstruo que eres. Piénsalo bien; tu hija, todo tu mundo se desmoronará.

—No me importa, hace ya tiempo que se ha desmoronado...

—Bueno, será mejor que hablemos de todo esto cuando te serenés un poco. Vea casa, date una ducha y reflexiona un poco, estás alterado con lo del programa. Escucha, haremos una cosa...

Dimas acaba de colgar el teléfono, lo ha tirado a un charco y, mientras se aleja con un paso más firme que antes, repite para sí:

—Yo sé dónde encontrarte... —el teléfono, mientras se hunde lentamente en el barro, sigue sonando con

llamadas de Germán.

—Prometió sacarnos de la calle.

Mientras los otros dos se ríen de forma estúpida apurando una botella de vino y comiendo pan duro, empiezan a entonar una canción, una canción triste que habla de un paraíso perdido cuyo eco retumba en todo el lugar.

«Una última determinación ha iluminado mi mente como un fogonazo de luz, como un relámpago, sé lo que debo hacer y tengo el coraje necesario de llevarlo a cabo», piensa Dimas alejándose de aquel abandono. Y con una determinación que ni el mismo cree que tenga, sale del páramo.

*

En casa de Míriam el abuelo, sentado en la cama con el pijama puesto, sostiene entre sus manos una foto de su mujer en una absoluta quietud. Su rostro y postura física no reflejan ninguna emoción, es como si tratara de comprender algo que está fuera de su alcance, como si esperara la respuesta. La persiana de bambú deja entrar una luz cálida. Míriam trae una bandeja con unos

bollos y un poco de café aún humeante. El abuelo lentamente va volviendo al presente.

—Abuelo... —dice Míriam.

—No debo estar preocupado por ella —explica él—, pero la echo de menos.

—Pero ¿por qué dices eso? —pregunta ella confusa.

—Él me dijo que estaría bien, que iría a un lugar maravilloso, que la llevaría de la mano... —dice él levantando un momento la mirada como si aún pudiera ver la escena.

—¿Él? ¿Quién era ese hombre? —y en un tono lo más relajado posible, sentándose a su lado, intentando que él arroje un poco de luz a la extraña historia del hombre—. ¿Por qué nadie, sino tú, lo vio?

—No solo yo, tu abuela también lo vio. Y cuandolo reconoció, quiso volver a bailar con él.

—¿Bailar? —dice Míriam en un susurro.

—A mí no se me daba bailar, y a tu abuela siempre le encantó bailar... —él sonríe.

—Abuelo —dice ella colocándose frente a él—, la abuela no podía caminar, estaba en silla de ruedas.

—Eso le dijeron los médicos. Y debo lamentar que yo también lo creí, y hasta ella lo creyó. Una parte muy grande de nuestra vida para siempre con la muerte de tus padres. Pero, sí, tu abuela bailó por última vez y fui testigo de ello.

—Además dices que lo reconoció, ¿quién era?

—A la policía no quise decirles quién era, hubiesen creído que estaba loco. Además, estaba ese amigo suyo, el policía. Seguro que él fue quien lo traicionó.

—¿Quién era? ¿Quién era ese hombre que bailó con la abuela y que te dijo que ella estaría bien?

—Tu padre.